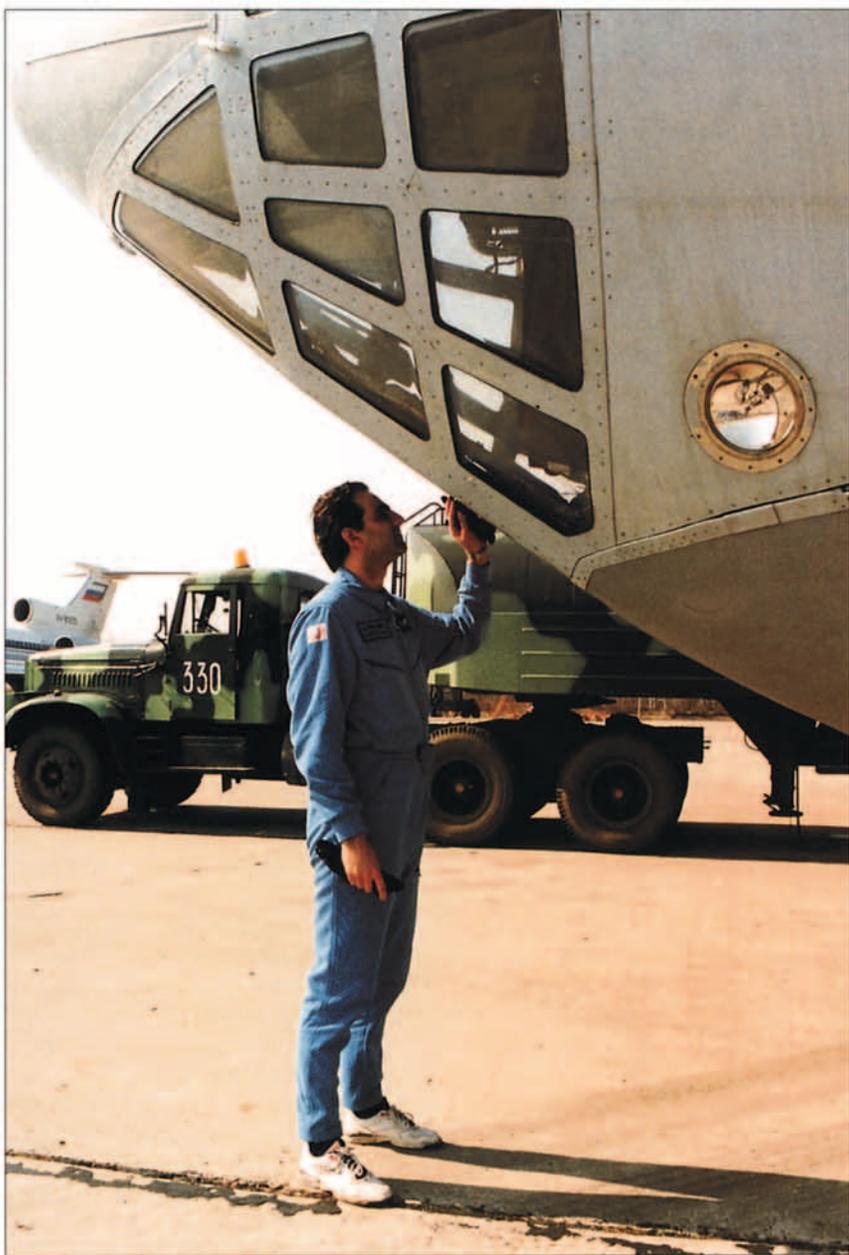


Entrevista a **Antonio Benítez**, seleccionado para hacer una incursión en el maravilloso mundo de la Astronáutica en la Ciudad de las Estrellas.

“Los simuladores soviéticos son robustos y muy efectivos”

CECILIO YUSTA



Antonio Benítez ante un Ilyushin Il-76.

NUESTRO entrevistado, Antonio Benítez Kühl, es un joven bilbaíno de 25 años que acaba de obtener una licenciatura en ingeniería aeronáutica en la Universidad de Munich.

Recientemente ha tenido el privilegio de ser seleccionado para realizar una incursión en el maravilloso mundo de la Astronáutica en la Ciudad de las Estrellas, en el marco de un proyecto auspiciado por una importante empresa alemana.

De su estancia en este Centro de Instrucción de cosmonautas “Yuri Gagarin” (CPK) recogemos su particular versión.

—¿Cómo surgió la idea de presentarse?

—Muy sencillo. Me enteré por Internet que se estaban ofertando estas becas y mandé una solicitud sin gran esperanza de conseguir una plaza, puesto que se habían presentado cerca de diez mil solicitudes. Pero tuve suerte y al poco tiempo me llamaron para que remitiera mi curriculum y, a continuación me convocaron para una primera entrevista.

Después fui sometido a un exhaustivo reconocimiento médico a cargo de un equipo médico ruso en el Centro de Investigación de Aeronáutica Espacial (DLR), incluyendo la centrifugadora y la cámara de vacío. Pasé bien todas las pruebas y pese a ello estuve a punto de no ser seleccionado por exceso de estatura, pues mido cerca de dos metros.

—¿Quiénes y cómo eran sus compañeros?

—Fuimos seleccionados diez aspirantes, de los cuales sólo dos teníamos carreras técnicas, un físico y un aeronáutico, los demás eran un ame-

ricano con pasaporte alemán que desde niño quería ser astronauta y había aprovechado esta oportunidad para iniciarse y los otros siete con una formación académica muy heterogénea.

—¿Cómo se hizo la selección?

—La empresa encargada de la selección evaluaba principalmente la capacidad de los aspirantes para el trabajo de grupo. Todos teníamos un buen nivel de inglés y alemán y solamente el americano sabía algo de ruso.

Yo creía que sin saber ruso no tendría muchas opciones, pero no fue así afortunadamente.

—¿Ha sido esta experiencia una simple y extraordinaria aventura, o ha sacado algún conocimiento práctico o útil para su formación y su carrera?

—Mi especialidad son los aviones y hay una apreciable diferencia entre esta especialidad y la astronáutica, pero es evidente que siempre se puede aprender cuando se tiene la voluntad y los ojos bien abiertos. Yo creo haber aprovechado cada minuto, y me consta porque comprobé que yo era el único que hacía preguntas y me interesaba por aspectos técnicos. Sí, sinceramente creo que he aprendido algunas cosas que de algo me servirán. Eso espero.

—¿Le causó algún problema el no saber ruso?

—En absoluto. Disponíamos de un excelente guía que hablaba con fluidez varios idiomas y nos ayudaba solamente en situaciones muy concretas pero, para la mayor parte de nuestras actividades en el Centro todos los profesores hablaban buen inglés y/o alemán. Teníamos también unas horas de estudio del idioma ruso pero esto, lógicamente, se quedó en unas nociones.

—¿Cree Vd. que los rusos poseen un buen nivel tecnológico?

—Hemos recibido clases teóricas y entrenamiento básico en los simuladores de la nave orbital SOYUZ y en la estación MIR.

Creo que no sería prudente opinar sobre el nivel tecnológico de este gran país porque, entre otras razones, no tengo referencias suficientes para la comparación. El caso es que me sorprendió en principio porque me pareció todo muy anticuado, como muy basto y mal rematado. Los mazos de cables al aire y los paneles sin revestir dan una imagen muy dis-



Módulo de entrenamiento de la Soyuz.



Ilyushin Il-76 Diagonal, simulador de ingravidez.

tinta de la que se obtiene de un simulador moderno actualmente en el mercado aeronáutico.

De todas formas, aunque estos equipos tienen ya unos 30 años hay que reconocer que son robustos, muy efectivos y que han prestado grandes servicios.

—¿Qué puede decir de la ciudad?

—La Ciudad de las Estrellas está situada a unos 50 kilómetros de Moscú. Es un recinto dirigido por autoridades militares, hasta hace poco muy reservado, donde se ha construido un gran complejo destinado exclusivamente a la formación de cosmonautas.

Tiene un buen nivel de equipamiento, equiparable al de muchos

pueblos de nuestro país. Escuelas, hospitales, cines e incluso una iglesia, pero lo más sorprendente, considerando el estado actual de la sociedad rusa, es lo bien provisionados que están sus mercados, donde se pueden encontrar desde naranjas de Valencia hasta dátiles de Túnez.

—¿Vd. que acaba de abandonar la Universidad, habrá observado su sistema de enseñanza?

—Sí, y me llamó la atención. Hoy en día, en la Universidad de Munich lo primero que le dan a un alumno es una máquina calculadora, y es casi seguro que también reciba un ordenador.

Ellos no funcionan así. He visto or-

denadores de generaciones antiguas pero en las aulas siguen utilizando papel y lápiz y la tiza en las pizarras. Da la impresión que prefieren (quizá porque hayan llegado a la conclusión que es mejor para fines didácticos) este sistema, por el que escriben y desarrollan las fórmulas en las pizarras y proyectan los sistemas para ir describiendo y estudiando paso a paso, siempre con un profesor.

Sin duda un gran contraste pero a mí me gustó.

—¿Y de los simuladores qué puede decir?

—Después de las clases teóricas hicimos varios vuelos en simulador de SOYUZ, pilotando el módulo de descenso donde va alojado el cosmonauta. Las primeras prácticas con un nivel mínimo de complejidad (sin emergencias) y acoplamientos a la estación MIR, todo muy elemental y sin complicaciones, excepto al final en que nos metieron pequeñas anomalías.

Considerando que nosotros no estábamos allí como astronautas hicimos unos vuelos muy completos y conservo de estas prácticas un extraordinario recuerdo. Como dije antes, equipos y sistemas muy antiguos pero con un alto grado de fiabilidad.

—Tengo entendido que hicieron algún vuelo real

—Sí, pero esto, como es lógico, solamente en los Il-76-MDK. Tienen cinco de estos aviones para vuelos de entrenamiento con gravedad cero.



Panel de control del simulador de una cápsula Soyuz.

Eran vuelos de unas dos horas, al sur de Moscú, y lo pasamos en grande.

—¿Les hablaron de su gran héroe Yuri Gagarin?

—Es muy curioso esto. tienen allí mismo el Museo Yuri Gagarin pero se nos había aconsejado no hacer preguntas sobre su muerte, acaecida el 12 de abril de 1961.

Circulan toda clase de rumores sobre la causa de su muerte, bulos que se alimentan precisamente por el secreto en que se mantienen las causas del accidente.

En una clase yo me atreví a preguntar cómo había sido y el instructor, poniéndose serio, me dijo escuetamente que "Gagarin era un héroe y

no admitía más preguntas".

—Para terminar, ¿su peor y mejor recuerdo?

—Quizá el menos agradable sea esa pregunta, sin respuesta, sobre la muerte de Gagarin, una actitud que, en mi opinión no tiene sentido después de 35 años.

El resto todos son buenos recuerdos. He realizado unas prácticas modestas pero muy interesantes; he conocido a los futuros cosmonautas, el último, Thomas Reiter, un alemán que acababa de regresar de la MIR después de 169 días, todos ellos personas sanas e inteligentes que hablaban con nosotros con la mayor sencillez.

Creían que yo era alemán pero al enterarse de que era español me hablaron de Pedro Duque al que conocen por su gran preparación, incluso mejor que Ulf Merbold.

El general Wladimir Dschanibekow, también por mi condición de español, me llamó aparte para hablarme de su participación en una asociación de amistad hispano-soviética.

Los vuelos parabólicos fueron una experiencia inolvidable, las clases, la relación humana, los compañeros, todo.

Y como colofón me regalaron un excepcional reloj especialmente diseñado para los cosmonautas que yo conservo como oro en paño.

En compensación yo dejé allí mi bota con una abundante provisión de buen vino, lo que tampoco es moco de pavo. Esto último no se si será prudente ponerlo ■



Antonio Benítez en la Ciudad de las Estrellas, con un grupo de compañeros seleccionados.